A painting of a forest scene. The foreground is dominated by a dense, vibrant green field of grass or low-lying vegetation. In the middle ground, several birch trees with characteristic white bark and dark, horizontal lenticels stand prominently. The background is filled with a thick canopy of green leaves, creating a sense of depth and a lush atmosphere. The overall style is impressionistic, with visible brushstrokes and a rich, textured color palette.

PABLO GIMÉNEZ
Luz al aire

PABLO GIMÉNEZ

Luz al aire

MUSEO DE ARTE CONTEMPORÁNEO ESPAÑOL
PATIO HERRERIANO
SALA 0

Del 28 de septiembre al 29 de octubre de 2017



Esta exposición es el resultado de la investigación hecha en estos últimos dos años, en los que he dedicado mi tiempo a pintar del natural, en lo natural. Noté el lastre del dibujo, que nos persigue prácticamente a todos desde el parvulario, y sin esa protección decidí salir al campo a explorar los efectos de la luz y el color en la naturaleza. Para ello y de forma casual (aunque a la larga se ve que en casi todo normalmente hay más fatalidad que casualidad) empecé a pintar de una manera que físicamente me impidiera apoyarme en el dibujo, teniendo que construir la atmósfera del motivo con otras estrategias. Salpicando el soporte con pequeñas gotas de óleo muy diluido me fui zafando de contornos y límites para, una vez ya libre, poder intentar atrapar lo que ese lugar tuviera de magnético para mí. No tengo la intención con mis pinturas de contar una historia, ni de describir un lugar. Simplemente son registros, huellas de un tiempo intenso en la naturaleza, unas horas en las que lo verdaderamente importante es el simple hecho de pintar, como modo forzado de observar, como artimaña para intentar desvelar cuál fue el resorte que me atrajo a estar en ese lugar concreto. Si ese resorte lo pudiera definir con palabras, pintarlo dejaría de tener sentido. Por eso, creo que más que cuadros, lo que ahora muestran son mis horas pintando.

Pablo Giménez, nació hace 45 años en Valladolid. Pinta y dibuja desde que tiene memoria, estando el campo y la naturaleza siempre presente de una manera u otra en su obra.

Su vida profesional está marcada por la dualidad entre su formación como Ingeniero y su esencia de pintor, compensando cada uno al otro.

Tras varios años en los que su trabajo ha estado muy influido por los pintores del grupo de Simancas, el contacto con Antonio López fue determinante en su carrera, pues le ayudó poco a poco a desprenderse de sus trabas y a buscar su propio lenguaje y a encontrar motivos más personales, que poco a poco se han ido acercando al ojo del pintor, donde se aparecen tal como son.

De esta manera, la pintura del natural le ha permitido traspasar la barrera de lo correcto para ir en la búsqueda de la belleza, en un bosque, unas hierbas secas o en el cuerpo de una mujer, intentando potenciar la luz y el color sobre el dibujo.

En este ir y venir y para poder comprobar lo que va cambiando en su forma de percibir y de pintar, necesita del bodegón como parada, como referencia.



Del Natural: "Luz al aire"

La cámara fotográfica es, para la mayoría de los viajeros, el instrumento que alimenta su particular diario de campo. Gran parte de esos cuadernos carecen del interés que una imagen puede evocar en terceras personas. El término "disparo" de la cámara es acertadísimo: dispara a ráfagas en lugares y momentos intuitivos o ya vistos muchas veces, resultando para el espectador ajeno casi letal el observar el interminable reportaje del viajero. Otros buscan el equilibrio de la composición, sitúan el trípode en el lugar perfecto, esperan pacientemente el momento idóneo de color, de luz y de contraste hasta ser capaces de transmitir en una sola imagen toda la grandeza de un instante.

Pablo Gimenez Olavarria se encuentra en este segundo grupo de viajeros. Pero, bien aleccionado por Antonio López, deja la cámara en casa. Carga su maleta de papeles y telas, óleos, acuarelas, caballetes y tablas y va a buscar ese momento –lugar-emoción.

Pablo es la búsqueda. Tuve la suerte de compartir espacio con él en un extraordinario taller impartido por Antonio López y Cristóbal Toral en el Laboratorio de las Artes de Valladolid en 2013 y pude comprobar su infatigable manera de trabajar. Si creía que tenía que mover medio centímetro la posición de un elemento ya terminado, pintaba en blanco y recomenzaba. Las fugas curvadas de la peana sobre la que se apoyaban los modelos, las pintó al menos media docena de veces hasta que encontró la verdad desde su particular visión. En todo momento, hora tras hora, su incansable mirada estaba, bien en la instalación del bodegón, bien en el lienzo. Todo ese gran esfuerzo se tradujo, al menos para mí, en el Cuadro del Taller.

En su obsesión por encontrar, se intuye en su obra una gran aventura llena de lucha, primero contra los elementos (climatología,

suelos de instalación casi imposible...) y después contra el lienzo o el papel en blanco. Lo incómodo del lugar es un atributo más en la pintura del autor. A veces llego a pensar que si tiene que poner el caballete en el medio de un arroyo para una mejor visión del paisaje, lo hace.

El directo es la mejor manera de transmitir las sensaciones y el buen hacer de los artistas. Se entrega toda la verdad. Lejos de los arreglos del estudio y de las actuales técnicas digitales, es "en vivo" dónde se exponen las virtudes del autor y su obra. El Teatro es el estandarte de esta idea, donde la "toma 2" es un imposible. Los impresionistas con sus entonces revolucionarias maneras de ver la pintura hicieron del natural una religión. Poco o nada sabríamos de lo cotidiano, de todo lo que rodeaba a aquellos pintores si no hubieran buscado en las escenas comunes emoción y belleza. Algo semejante parece ocurrirle a Giménez Olavarría en su búsqueda. No sólo encuentra el escenario, su luz, sus colores, y me atrevería a decir que hasta sus aromas sino también la manera de transmitir su presencia y no dejar a nadie indiferente.

Enrique Reche, septiembre de 2017

Hago Bolas. Ángel Torres

Hago bolas. Me dedico a eso. Desde pelotillas hechas de fino hilo que amaso con dos dedos, hasta inmensas esferas del tamaño de un elefante. Todo tipo de bolas. De todo tipo de texturas, durezas, densidades. Deformes y perfectas. Homogéneas o con mezclas varias de dos, tres o infinitos materiales. Todo el mundo ha hecho alguna bola en su vida, pero yo he consagrado mi vida a esto. Una vez, hace ya tiempo, dediqué cincuenta y tres días a convertir en bolas toda la arena de una preciosa cala en la costa de Albania. Las he hecho de papel, una cosa muy normal, de tela, de tocino y de alambre. Me apasiona crear la bola, partir de un minúsculo germen e ir añadiendo y amasando, pegando nuevos trozos, haciéndolo rodar, aglutinándolo todo para que no se separe. Aunque no lo parezca, no es tan fácil hacer bolas de cierto tamaño que no se descompongan. Yo sé cómo hacerlo, dónde hay que apretar, dónde mojar, dónde clavar una varilla rígida o dónde pegar la tira de esparadrapo necesaria para que no se desmorone. Cuando la bola es pequeña, hay que mimarla, está creciendo, además rápidamente. Es agradecida, cualquier cosa que se le haga la va transformando en una cosa mejor. Cuando ya llega al tamaño más o menos de una persona, la relación con ella es distinta pero muy interesante. No se la hace cambiar tan rápido. Es complicado moverla y hay que tener más cuidado a la hora de ponerle masa. Pero yo sé hacer bolas y pongo, quito, la muevo, la vuelvo a fijar en una base para que no se escape, o la suelto libre para que ruede donde quiera. A veces me subo en ellas abrazándolas con brazos y piernas. Pongo mi mejilla en la superficie y ruedo con ellas, con mis bolas. Otras veces las golpeo con furia, pero las hago tan bien que casi nunca puedo destrozarlas. Al día siguiente sigo poniendo, acariciando con la palma de mi mano la bola. Hay días en que junto varias bolas componiendo hermosos boliaros, en los que las bolas establecen relaciones muy especiales,

tocándose o sin tocarse, sobre el suelo, sobre otros objetos, amontonadas, o colgadas. Entonces, cuando el grupo ya está creado y ya tiene vida propia, creo bolas con pompas de jabón que pululan entre el conjunto, efímeras y bellas. No soportan el contacto, y cuando se rompen se desvanecen dejando un mínimo rastro húmedo. También he probado a dejar volar ligeras bolitas de porexpán agitadas con un ventilador. Luego las persigo con un secador, como un tridimensional pastor, llevándolas de aquí para allá, las conduzco de nuevo al ventilador para que revoloteen caóticamente. Las bolas son un arte y yo me dedico a él. Perfeccioné la técnica de crearlas desde dentro, pero dejé de hacerlo porque me atraía peligrosamente la idea de autoatraparme dentro para siempre. Eso sería realmente bello pero me impediría hacer más bolas. Ahora mismo estoy empezando a construir bolas de fuera a dentro. Tiene muchas complicaciones pero yo sé cómo hacerlo. Puede que al ver la bola terminada nadie note que está hecha así, pero a mí me da igual porque a mí lo que me gusta es hacer las bolas. Cuando las termino también me gustan, pero lo realmente precioso es hacerlas, poner quitar, añadir una protuberancia, horadar un pequeño cráter, acariciarlas. A veces, alguien con buena intención pero que no tiene ni idea de bolas, me dice entre risas que parezco uno de esos escarabajos peloteros que salen en los documentales de la tele. Yo no me enfado porque sé que no tienen mala intención. Yo respeto al escarabajo, pero claro, no es lo mismo. Él es pelotero de nacimiento, no ha decidido nada, no puede hacer otra cosa que hacer bolas. Pero yo sí puedo y sin embargo he decidido, con total firmeza, dedicar mi vida a hacer bolas. El día que quiera puedo dejar de hacer bolas, aunque no creo que llegue ese día, porque hacer bolas me apasiona.

Ver una bola apoyada contra una pared y deleitarse mirando cómo se juntan las sombras que proyecta sobre la esquina que se forma con el suelo, cómo convergen ahí dos planos al cobijo de la bola, cómo cada molécula de sombra se encuentra con

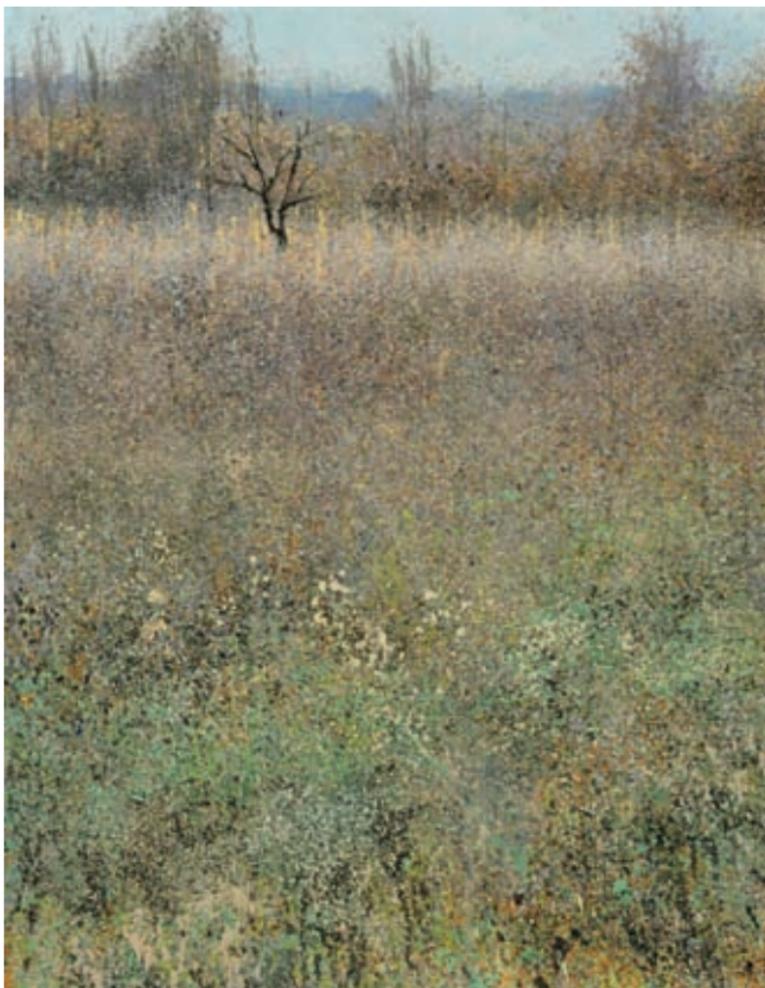
su hermana al otro lado de la esquina, eso, aunque casi nadie sepa apreciarlo, es casi divino. Antes me afectaba la incomprensión de la gente. Pero yo hago bolas, no juzgo a nadie, no molesto, y aunque es cierto que no hago nada que sea muy útil a nadie, hago lo que creo que tengo que hacer. Hacer bolas, yo ni lo recomiendo ni lo desaconsejo. Lo único que puedo decir es que para mí es lo mejor que puedo hacer y además me hace muy feliz. Muy feliz en general, porque hacer bolas es duro. Hacer una bola no, pero hacer siempre bolas es a veces doloroso. Pero igual que los grandes expedicionarios se enfrentaban al misterio del horizonte, yo asumo que hacer bolas tiene también sus peligros. Quizá eso sea lo más atractivo. Recuerdo la época cuando hice aquellas bolas de pescado crudo y conseguí partirlas por la mitad sin que perdieran su forma perfectamente semiesférica. Aquello me acercó al límite, pero fue apasionante. O cuando fracasé haciendo un molinillo, de esos que hay por el campo y se desmenuzan al soplarlos, a escala 100 a 1. Aquello me dolió mucho, me llevó al borde del abandono. Pero asomarme al precipicio de no hacer más bolas nunca más me hizo muy fuerte. Nunca he vuelto a tener dudas. He tenido días malos, en los que no me apetecía hacer bolas, pero sé que se pasa, no me importa. Sé que en poco tiempo volveré a estar haciendo bolas, con nuevas ideas, grandes pequeñas, perfectas o irregulares. Y si no hay nuevas ideas, volveré a hacer alguna que se quedó a mitad de camino. Ahora estoy deseando que el invierno se ponga crudo de verdad para retomar las bolas de hielo. Es incómodo porque tener mi casa bajo cero es incómodo, pero son sólo unos días. Mi vecina no lo entiende y no deja de quejarse. Todo el contacto que ella ha tenido con las bolas ha sido con las albóndigas, y ni siquiera se ha dado cuenta de lo bonito que es tener en la boca una ternera convertida en bola. Ella seguro piensa que yo soy muy raro, lo veo en su mirada, mezcla de miedo y desprecio. Estoy de acuerdo en que puede ser que sea raro pero sólo en el sentido de que no habrá mucha gente que viva para las bolas. La verdad es que no tengo ni idea

de si hay mucha gente que lo haga. A mí me parece lo normal, pero nunca he buscado por ahí a ver si alguien ama igual las bolas. Ahora lo pienso, y la verdad es que nunca he tenido curiosidad por saber si por ahí hay alguien parecido. A mí me basta estar con mis bolas para tenerlo todo. De todas formas también me doy cuenta ahora de que me da igual que la gente las vea o no. Es curioso, nunca me lo había planteado, yo no tengo inconveniente en enseñarle mis bolas a quien las quiera ver, ni contar cómo las hago, no me importa que alguien se aproveche de todo el tiempo que yo he dedicado a pensar en esto. Pero la verdad es que creo que nunca ha venido nadie a verlas, no me acuerdo, la verdad. Bueno, da igual. El caso es que yo no juzgo lo que mi vecina hace, entre otras cosas porque no lo sé. Pero me da la impresión de que debe hacer muchas cosas, porque siempre va muy deprisa y parece que le falta el aire. No sé. Igual es más feliz que yo, no tengo ni idea. A lo mejor podría hacerle un vestido bola, puede que le guste. Aunque acabaría opinando y en poco tiempo entraría en mi mundo esférico a ordenarlo y yo no necesito eso. Lo que necesitaría es saber cómo hacer bolas líquidas del tamaño de una sandía por ejemplo. En el espacio no tendría dificultad, pero aquí en mi casa va a ser muy complicado, pero lo voy a intentar, algo se me ocurrirá.

Hago bolas, soy libre y no me asusta estar solo.



TUDELA DE DUERO. 2016
Óleo sobre papel, 50 x 65 cm



TUDELA DE DUERO. 2016
Óleo sobre papel, 70 x 55 cm



HIERBAS SECAS, TUDELA DE DUERO I. 2016

Óleo sobre papel, 65 x 50 cm



HIERBAS SECAS, TUDELA DE DUERO II. 2016

Óleo sobre lienzo, 120 x 120 cm



HIERBAS SECAS, ZARATÁN. 2016

Óleo sobre papel, 65 x 50 cm



HERRERA DE DUERO. 2016

Óleo sobre lienzo, 100 x 100 cm

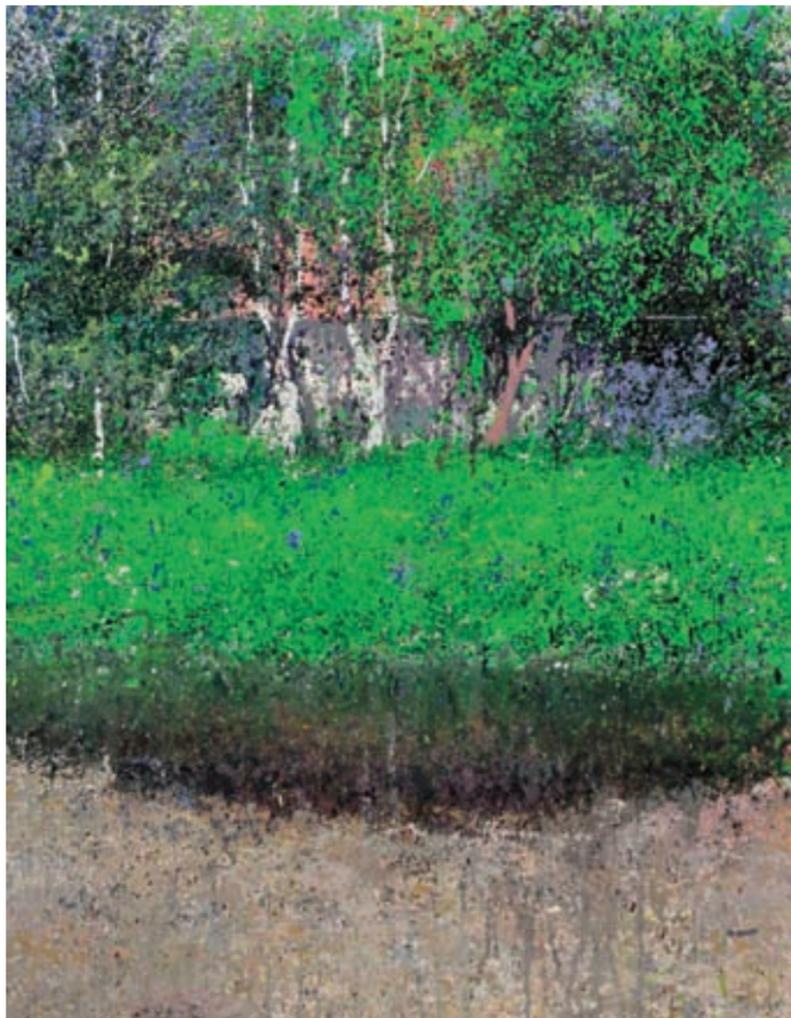


PARQUE AZUOLYNAS, KAUNAS. 2016

Óleo sobre papel, 65 x 50 cm



RÍO DUERO. 2017
Óleo sobre papel, 65 x 50 cm



TAPIA Y CHARCO, KAUNAS. 2016
Óleo sobre papel, 65 x 50 cm



CAMPO GRANDE I. 2016
Óleo sobre papel, 65 x 50 cm



ÁLAMOS BLANCOS, FUENTE EL SOL. 2016
Óleo sobre papel, 65 x 50 cm



TUDELA DE DUERO. 2016
Óleo sobre papel, 65 x 50 cm



ABEDULES, KAUNAS I. 2016

Óleo sobre papel, 65 x 50 cm



ABEDULES, KAUNAS II. 2016

Óleo sobre papel, 65 x 50 cm



ABEDULES, KAUNAS III. 2016
Óleo sobre papel, 65 x 50 cm



SENDA DEL DUERO. 2017

Óleo sobre papel, 65 x 50 cm



ÁLAMOS BLANCOS, FUENTE EL SOL. 2017

Óleo sobre papel, 50 x 65 cm



PINAR HERRERA DE DUERO. 2017

Óleo sobre papel, 65 x 50 cm



ÁLAMOS BLANCOS EN INVIERNO. 2017

Óleo sobre papel, 65 x 50 cm



RÍO DUERO. 2017
Óleo sobre papel, 65 x 50 cm



RIBERAS HERRERA DE DUERO. 2017

Óleo sobre papel, 65 x 50 cm



VEGETACIÓN EN EL DUERO. 2016

Óleo sobre papel, 65 x 50 cm



VEGETACIÓN NUEVA. 2017
Óleo sobre papel, 45 x 30 cm



CAMPO GRANDE II, 2017
Óleo sobre papel, 65 x 50 cm



VEGETACIÓN EN OTOÑO, HERRERA DE DUERO. 2016
Óleo sobre papel, 65 x 50 cm



VEGETACIÓN JUNTO AL DUERO. 2017
Óleo sobre papel, 65 x 50 cm



CAMPO GRANDE III. 2017
Óleo sobre papel, 65 x 50 cm



VEGETACIÓN JUNTO AL DUERO II. 2017
Óleo sobre papel, 65 x 50 cm



SECANO CIGUÑUELA I. 2017
Óleo sobre papel, 65 x 50 cm



SECANO CIGUÑUELA II. 2017
Óleo sobre papel, 65 x 50 cm



SECANO CIGUÑUELA III. 2017
Óleo sobre papel, 65 x 50 cm



VEGETACIÓN JUNTO AL DUERO I. 2017
Óleo sobre papel, 65 x 50 cm



EUCALIPTOS. 2016
Óleo sobre papel, 65 x 50 cm



LECHERA. 2016
Óleo sobre papel, 35 x 20 cm



**Fundación Municipal de Cultura
Ayuntamiento de Valladolid**

PRESIDENTE

Óscar Puente Santiago

PRESIDENTA DELEGADA

Ana Redondo García

DIRECTOR DEL ÁREA

Juan Manuel Guimerans

GERENTE

José M.^a Viteri Arrarte

DIRECTOR DE MUSEOS Y EXPOSICIONES

Juan González Posada M.

IMPRESIÓN

Imprenta Manolete



Ayuntamiento de
Valladolid



PATIO HERRERIANO
Museo de Arte Contemporáneo Español

